Todo empezó y todo terminará con los niños

Memoria secreta de la infancia
Esmir Garcés Quiacha (compilador)
Trilce Editores, Bogotá, Altazor Editores, Neiva, 2004, 121 págs.

El epígrafe, tomado de Rimbaud, anuncia el libro: "Todo empezó y todo terminará con los niños". Pero igual podría ser útil la sentencia de Georges Bataille: "La literatura es la infancia al fin recuperada", o la de Rilke: "No creáis que el destino sea otra cosa que la plenitud de la infancia". Derroteros que sirven de guía para la composición del libro *Memoria secreta de la infancia*, una compilación de textos de veintiún escritores del Huila y cuyo compilador define de la siguiente manera:



Se sugiere al lector abrir este libro como si se tratara de un viejo álbum de fotos de familia. Veintiún escritores, la mayoría de ellos nacidos en el Huila, recuperan contra el tiempo y el olvido, un pasaje secreto de su infancia. Refrendan una vez más que el niño permanece en el Hombre, aún a pesar de los prejuicios de ese desterrado del paraíso que es todo adulto.

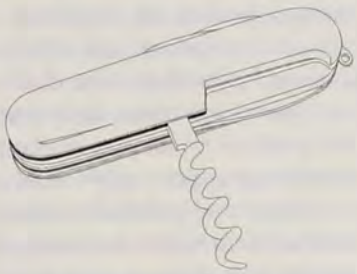
Estos textos, con su definido acento regional, descubren las señales de un paisaje, la aldea que todos llevamos dentro. Revelan en zona tan primordial, una especie de educación sentimental en la que son visibles los valores, los mitos, las figuras tutelares, los hechos históricos y familiares, que han marcado con el asombro y la violencia, a varias generaciones, a todo un grupo humano.

Reunir los viajes evocativos de los escritores invitados es algo meritorio, junto a la diversidad y heterogeneidad de sus remembranzas. La mayoría de los escritos se consagran a la nostalgia, un intento, a través del relato libre, de recuperar la infancia como un ejercicio de relectura de acontecimientos primordiales. Algunas narraciones, no lo podemos negar, son anécdotas, historietas ligeras o pueriles, pero otras pocas son asombrosos y entusiastas testimonios de una memoria fundacional del acto de la escritura, ello debido a la calidad u hondura de la introspección, de la observación, de la experiencia fundamental y de la fuerza de la memoria narrativa. Es lo que va de la reflexión seria sobre el pasado a la evasión o anclaje en el tiempo con el fin de estacionarse en la melancolía fácil. De esto último surge la llamada fosilización de la memoria, donde la magia o el encantamiento se rompe sin remedio.

No olvidamos, sin embargo, que se trata de un libro de recuerdos, de una tarea de evocación, de "una especie de conjuro literario" de un pasado que dejó una huella. Que ese rastro llamado escritura sea hoy trascendente o no, escapa al cometido del libro reseñado. Veamos con algún detenimiento.

Inicia el recorrido la escritora Matilde Espinosa, de la mano de un texto idílico llamado *Inocencia ante el fuego*. Conmovedor en ciertos pasajes, describe el paisaje de un caserío del departamento del Cauca, una región agreste, solitaria, poblada de indígenas, mitos, leyendas y relatos. Cuenta la historia de su antepasada Matilde Céspedes Buendía, considerada por ella como una artista, de quien heredó su amor por la creación literaria. Al final del texto se aprecia un juicio de valor alrededor de la figura del indígena Quintín Lame, cuyo desempeño histórico aquí es deformado por la opinión de la escritora.

José Ademir Agudo es el autor de *El niño de los patios que solía ser pájaro*. Retrata al mundo desde sus sentidos: la figura viajera del padre, sus obsequios alucinantes, la calle apacible de barrio, su casa limpia y ordenada con la imagen en la sala de una cacería de hipopótamos y el patio inmenso con árboles frutales y aves, cuya realidad fue cambiando al paso del tiempo.



Betuel Bonilla Rojas fabrica una interesante narración a partir de una vivencia lúdica: la lucha entre dos muchachos en una calle al sur de Bogotá, un enfrentamiento que actualiza la mítica disputa de Caín y Abel. La atmósfera urbana está muy bien lograda y el cometido de servirse de imágenes pasadas para actualizarlas.

Armando Cerón Castillo llamó a su pequeño texto *El trashumante*. Comienza su recorrido en Gigante, en la hacienda de sus abuelos, donde la imaginación volaba por todas partes. Luego se traslada al municipio del Pital. Recuerda la vieja casona, los juegos, la aproximación religiosa a la naturaleza y un abanico de escenas campestres, idílicas, ensoñadoras. Culmina en Garzón, describiendo su aproximación al catolicismo.

Antonio Correa Losada realiza una reflexión acerca del oficio de escribir, pues "toda escritura nace de su entorno y el escritor no es consciente de cómo se va impregnando de esa fuerza". Recuerda ciertos episodios en su pueblo natal, Pitalito, la impresión al ver las reses en

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

el matadero, los muertos bajando a lomo de mula. "Sin darnos cuenta, la lectura, en su cabalísimo profundo, va fijando la terca sensación de escribir", subraya el autor. Entonces se da a la tarea de mencionar sus autores fundamentales: Kafka, Borges, Lezama Lima, Leopoldo Marechal, entre otros, quienes influyeron en su escritura poética. Luego vendrá la cartografía de sus libros, de la mano de una serena y madura meditación, de la cual transcribo una parte:

> *Pero, ¿quiénes son los que en tiempo de desazón se dedican a levantar palabras sobre hojas blancas? ¿Quién ha visto el abismo que rueda como dado entre sus manos? En un país en el que hombres y mujeres sólo son reconocidos por el asortijado dedo de la muerte, es realmente meritorio que un haz de voces tenga la palabra como su único haber. En la poesía se fundamenta el primigenio derecho de expresión, pues si estamos en contradicción con lo que nos rodea, se escribe para hacer habitable el mundo que nos toca en suerte, y esto, es estar contra la norma. Por ello, resalto el oscuro movimiento de la poesía, que como un corazón abierto busca hacer más respirable el caminar* a pie *sobre la tierra.*



Escribir o el parecerse a uno mismo, de Antonio Correa Losada, es sin lugar a dudas el mejor apartado del libro comentado, dada su profundidad, inexistente vanidad y nula candidez.

Esmir Garcés Quiacha relata la historia de la fundación de Algeciras (Huila); y comparte con nosotros sus imágenes más sobrecogedoras de la infancia: el arribo de la televisión en blanco y negro, la presencia de un naranjo en el patio de su casa, el lugar del castigo a sus travesuras; y el miedo por la primera incursión guerrillera.

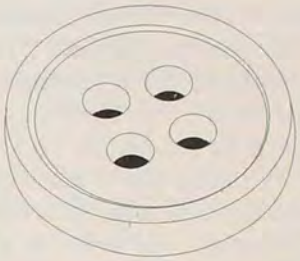
Guillermo González Otálora describe la faena de la molienda de caña de azúcar, la pesca, la venta de yuca, el aprendizaje de las primeras letras, los paseos, la primera comunión, el trasteo a otra población, el trabajo con los bloques de cemento, los encuentros de pelota, el robo de cacao y sus primeras lecturas. Modesta e ingenua narración.

Guillermo Martínez González da cuenta de la existencia de un callejón, cerca de la plaza de mercado de Garzón, un lugar de iniciaciones rituales alrededor de la lectura. Allí, entre bares y prostitutas, atendía un sastre que alquilaba cuentos de Tarzán, el hombre mono, Superman, Santo, y el Enmascarado de Plata, "un veterano campeón de lucha libre que, acompañado siempre de su lobo negro, iba por el mundo cazando toda clase de peleas por la justicia y la desaparición del crimen". Es la historia de una pasión que el autor recuerda por los momentos de gozo proporcionados a su niñez. Justo y aleccionador texto.

Mi infancia es hoy, el apartado correspondiente a Winston Morales Chavarro, discrepa de los demás testimonios, dada su alejamiento de la franqueza y la espontaneidad, en contravía de la mayoría de los relatos compilados en *Memoria secreta de la infancia*. Allí podemos leer apartes como: "[De] mi padre aprendí de los deseos, de su lógica 'incoherente', 'disparatada', intuitiva"; "Mi madre —o mis madres— nunca lograron su cometido: continué perdido en las sombras y en las consideraciones de carácter 'oscuro'" o "mi primer enamoramiento no fue platónico sino aristotélico".

Yesid Morales Ramírez rememora la aventura de escaparse de la escuela, el rezo obligatorio, la Navidad, su timidez al hablar en público y sus primeros afectos por la literatura.

Rafael Ovalle Tovar comienza con una evocación lírica sobre el mundo chibcha. Luego expresa los oficios de la escuela y el campo, el inicio de su poesía de la mano de José Eustasio Rivera y la relación de sus lecturas predilectas.



Isaías Peña Gutiérrez admite que de su primera infancia no posee memoria, y sus pocas nociones de ella las sabe por su madre y un álbum familiar. El autor desglosa un rico texto, sencillo y emotivo, recuerdos de su travesía por el Amazonas, el regreso al Huila, su segunda y tercera infancia, su acceso a la lectura y a la escritura, un lugar donde se estacionó, "hasta hoy que sigo siendo un joven maduro, pero sin infancia —si se piensa en la noción arquetípica. Ese soy, el de la foto, siempre mirando con extrañeza el mundo que me rodea, que a veces me congratula y, a veces, me agobia".

Aníbal Plazas Barreiro elabora unas líneas donde recuerda una infancia pobre, llena de carencias pero con una fe enorme en el futuro.

Pastor Polanía acude a la memoria de su padre, abaleado cuando él tenía cuatro años. La violencia de los años cincuenta hacía sus estragos y motivó el éxodo. Ya en otra población, aún niño de escuela, al lado de una fuente termal, el autor encuentra de manera feliz un soneto de José Eustasio Rivera.

Miguel Darío Polanía Rodríguez le confía al lector el sueño recurrente de hallarse en una casona de bahareque, "de patios y zaguanes

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

grandes, por donde entraban las recuas de mulas a descargar su mercancía y descansar. Al frente una plaza de ferias con animales de diversas clases y gente [...] polvorienta terminaba en un puente que atravesaba un río rodeado de guaduales y otros árboles". De allí se desprende su remembranza.

Jáder Rivera Monje dibuja su vida de estudiante: no le gustaban los zapatos, lo molestaban sus compañeros y no le iba bien en las lecciones orales. Cuenta que su actitud era silente y triste, para concluir que su infancia no fue un paraíso de sueños.



Heider Rojas relata el episodio de haberse enfrentado a un fusilamiento, cuando el autor tenía cinco años. A diferencia de los demás escritores, dicho suceso lo atemorizó y jamás quiso regresar al campo.

Benhur Sánchez Suárez da fe de su inicio por el amor a los libros, después de salvar unos cuantos de un incendio provocado por su padre, quien luego lo llevaría a reuniones con intelectuales y bohemios. Aprendió que para leer y escribir "no había necesidad de medios evasivos, sino todo lo contrario, de gran lucidez y completa energía espiritual y corporal como requisito para obtener buenos resultados".

Jesús Rodolfo Agudelo Salazar también añora la casa paterna, la escuela, su oficio de ayudante de arriería, los juegos de fútbol y el encuentro con los poemas de Porfirio Barba Jacob.

Enrique Dussán Cabrera recrea el ambiente rural de su infancia, colmada de un colorido, muy parecida a otros relatos referidos atrás.

Y cierra este inventario de memorias el escritor Julio César Guerrero, quien evoca su niñez bogotana en los barrios Egipto y Kennedy, su primera lectura de *Residencia en la tierra* de Pablo Neruda y al mismo tiempo expresa su felicidad y agradecimiento por vivir en tierras huilenses.

GABRIEL ARTURO CASTRO

Bernardo Salcedo, un niño terrible de más de cincuenta años

Aunque hace muchos años dejó de ser niño, sigue siendo terrible. Sus conceptos y opiniones jamás pasan inadvertidos; causan indignación e ira en unos, regocijo y perversas carcajadas en otros. Y no se crea que son solamente sus ideas relativas a las artes plásticas. En política, de la cual opina como por derecho propio, lo mismo que en arquitectura y en urbanismo opina con igual irreverencia; sobre lo que se le pregunte siempre tiene una respuesta que más parece querer escandalizar, incomodar, mover las cosas de su sitio establecido, que sentar posiciones. En las últimas tres décadas los colombianos nos hemos acostumbrado a sus comentarios burlones y a sus declaraciones que caen abriendo hueco como si fueran gotas de ácido sulfúrico.

De la obra de este artista y "aristócrata intelectual" —según sus propias palabras— ha escrito elogiosa y profusamente la crítica. Tanto sus primeras obras conceptuales como aquella *Hectárea de heno* con la que ganara uno de los premios de la bienal de Coltejer en 1970, como sus cajas con muñecas cercenadas, sus construcciones con láminas de acero dentadas y sus famosos fotomontajes, están en las principales colecciones del país y en numerosos museos internacionales.

Compañero de años juveniles del novelista Fernando Vallejo, y cortado por una tijera muy similar a la que *silueteó* al escritor antioqueño, Bernardo Salcedo no deja títere con cabeza. Para eso, para oír sus declaraciones corrosivas, no siempre justas y sensatas pero siempre hilarantes y sorprendentes, nos sentamos con él, a *jalarle la lengua*, en una pescadería del norte de Bogotá.

Fernando Herrera: Bernardo, ¿usted jugó con muñecas cuando era niño?

Bernardo Salcedo: No, eso es ahora cuando grande.

F. H.: ¿Le gustan los juguetes?

B. S.: No, los detesto.

F. H.: ¿El hecho de venir de una familia de médicos se refleja en su obra?

B. S.: Puede ser, porque a mí me llevaban de niño a ver operaciones. Yo le tomaba el pulso a Laureano Gómez, no ve que mi papá era el médico de los políticos. De López, de Gaitán, de Santos, de Gabriel Turbay... en fin...

F. H.: Usted se graduó como arquitecto. ¿Para qué le ha servido la arquitectura como artista?

B. S.: Para no hacer arquitectura.

F. H.: ¿Se siente un arquitecto frustrado?

B. S.: No, para nada; soy un arquitecto absoluto.

F. H.: ¿A qué arquitectos respeta en Colombia?

B. S.: A todos y sobre todo a Guillermo Bermúdez, a Fernando Martínez y a Rogelio Salmona; claro que es un lugar común decir eso, todo el mundo por dárselas dice que son unos genios sin que sepan nada de ellos. Yo los conocí y ellos fueron profesores míos. Sus obras son muy importantes. Nuevos hay muchos. Kopec, Forero, Jiménez.

F. H.: Alguna vez usted dijo que el Museo de Arte Moderno de Bogotá era como una serviteca...

B. S.: Es que Salmona, en el fondo, odia el arte. Él tiene una idea del arte mucho más conceptual. Él puso los muros como los de una casa porque nunca pensó que se iban a colgar cuadros allí; entonces uno entra y está el comedor, está la sala y arriba el

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.